

LAS MUJERES EN NUESTRA VIDA

POR EL PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY



(Conferencia general de octubre de 2004)

Mis amados hermanos y hermanas, para dar comienzo a mis palabras, quisiera hacer uso de un privilegio personal. Hace seis meses, en mi discurso final de nuestra conferencia, mencioné que mi amada compañera de 67 años de casados se encontraba muy enferma. Ella falleció dos días después, el 6 de abril, una fecha significativa para todos los miembros de la Iglesia. Quiero agradecer públicamente a los dedicados médicos y a las maravillosas enfermeras que la atendieron durante su enfermedad final.

Mis hijos y yo estuvimos a su lado cuando ella plácidamente entró en la eternidad. Confieso que al sostener su mano y ver cómo la vida mortal iba alejándose de ella, me sentí sobrecogido. Antes de casarnos, ella era la mujercita de mis sueños, como decía la letra de una canción muy popular en aquellos años. Fue mi amada compañera por más de dos tercios de siglo, igual que yo ante el Señor, aunque en realidad superior a mí, y ahora, en mi ancianidad, vuelve a ser la mujercita de mis sueños.

Inmediatamente después de su fallecimiento, recibimos enormes manifestaciones de amor de todas partes del mundo por medio de hermosas ofrendas florales, grandes contribuciones hechas en su nombre al Fondo Perpetuo para la Educación y a sectores académicos que ella promovía en la Universidad Brigham Young. Recibimos, literalmente, cientos de cartas; tenemos cajas llenas de ellas, procedentes de muchas personas conocidas y otras a quienes no conocemos. Todas expresan admiración por ella, así como pesar y amor por nosotros, a quienes ella dejó atrás.

Lamentamos no haber podido responder en forma individual a esas muchas expresiones personales, así que ahora aprovecho esta oportunidad para agradecerles a todos y a cada uno su gran bondad hacia nosotros. Muchísimas gracias y por favor perdónennos por no haber podido contestar, pero nos habría resultado imposible hacerlo. Sepan, sin embargo, que tales manifestaciones han sido de gran consuelo en momentos de tanto dolor.

Estoy agradecido por poder decir que, en nuestra larga vida juntos, no recuerdo ningún altercado grave. Algún que otro desacuerdo, sí, pero nada de magnitud. Considero que nuestro matrimonio fue tan placentero como puede serlo cualquier otro.

Reconozco que muchos de ustedes son bendecidos de una manera similar y les felicito de corazón, porque al fin y al cabo no hay un vínculo más bello que el compañerismo entre marido y mujer, ni nada más relevante, ya sea para bien o para mal, que las interminables consecuencias de la unión matrimonial.

Soy testigo de tales consecuencias constantemente; veo tanto hermosura como tragedia y

es por eso que he decidido hablarles hoy en cuanto a la influencia de la mujer en nuestra vida.

Empezaré por la creación del mundo.

En el libro del Génesis y en el libro de Moisés leemos en cuanto a tan singular y magnífica tarea. El Todopoderoso fue el arquitecto de la creación. Bajo Su dirección ésta fue ejecutada por Su Amado Hijo, el Gran Jehová, a quien ayudó Miguel, el arcángel.

Primero formaron el cielo y la tierra, lo cual fue seguido por la separación de la luz y la oscuridad. Las aguas fueron retiradas de la tierra seca, surgió la vegetación, seguida por los animales. Tras todo esto vino la creación del hombre. En Génesis leemos: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31).

Pero el proceso no estaba completo,

“... mas para Adán no se halló ayuda idónea para él”.

“Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar.

“Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.

“Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona” (Génesis 2:20–23).

Y así Eva llegó a ser la creación final de Dios, la gran suma de todo lo que hasta el momento se había hecho.

A pesar de esta preeminencia que se concede a la creación de la mujer, a lo largo de las épocas se la ha relegado a una posición secundaria. Se la ha menoscabado, se la ha denigrado, se la ha esclavizado y maltratado y aun así, algunos de los personajes más destacables de las Escrituras han sido mujeres de integridad, valor y fe.

Sabemos de Ester, Noemí y Rut en el Antiguo Testamento; Saríah en el Libro de Mormón; María, la madre misma del Redentor del mundo, a quien Dios escogió y fue descrita por Nefi como: “Una virgen, más hermosa y pura que toda otra virgen” (1 Nefi 11:15).

Fue ella quien llevó al niño Jesús a Egipto para salvarle la vida de la ira de Herodes. Fue ella quien le crió en Su infancia y le guió en Su adolescencia. Ella permaneció junto a Su torturado cuerpo que colgaba de la cruz del Calvario. En medio de Su tormento Él le dijo a ella: “Mujer, he ahí tu hijo”. Y a Su discípulo, en una súplica para que cuidara de ella, Él le dijo: “¡He ahí tu madre!” (véase Juan 19:26–27).

En la vida del Señor también vemos a María y a su hermana Marta, y a María Magdalena. Fue ella la que llegó al sepulcro aquella primera mañana de Pascua, y fue a ella, una mujer, a quien Él se le apareció primero como el Señor resucitado. ¿Por qué es que aun cuando Jesús puso a la mujer en un lugar de tanta importancia, hay tantos hombres que profesan Su nombre y al mismo tiempo degradan a la mujer?

En Su gran plan, cuando Dios creó al hombre, Él creó la dualidad de los sexos. La sublime expresión de esa dualidad la encontramos en el matrimonio, donde una parte complementa a la otra. Como lo declaró Pablo: “En el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón” (1 Corintios 11:11).

No existe ningún otro acuerdo que cumpla con los divinos propósitos del Todopoderoso. El hombre y la mujer son Sus creaciones y esa dualidad es parte del plan de Dios. Su relación y

funciones complementarias son fundamentales para Sus propósitos; y uno está incompleto sin el otro.

Reconozco que tenemos muchas maravillosas mujeres entre nosotros que no han tenido la oportunidad de casarse, pero también ellas hacen un enorme aporte, sirviendo en la Iglesia fielmente y con gran capacidad; enseñando en las organizaciones y funcionando como líderes.

Observé algo muy interesante hace algunos días. Las Autoridades Generales estábamos en una reunión junto con la Presidencia de la Sociedad de Socorro. Esas hermanas tan capaces compartieron con nosotros, en nuestra sala de consejos, principios de bienestar y se refirieron a la forma de ayudar a personas necesitadas. Nuestra posición como oficiales de esta Iglesia no se vio disminuida por ello, más bien, nuestra capacidad para servir creció.

Hay algunos hombres que, en un espíritu de arrogancia, se creen superiores a la mujer. Parecen no darse cuenta de que ellos no existirían de no ser por la madre de la cual nacieron. Cuando ellos tratan de imponer su superioridad, rebajan a la mujer. Se ha dicho que “El hombre no puede degradar a la mujer sin caer él mismo en la degradación, y no puede elevarla a ella sin al mismo tiempo elevarse él” (Alexander Walter, en Elbert Hubbard’s Scrap Book, pág. 204).

Cuán cierta es esa declaración. Vemos los frutos amargos de esa degradación a todo nuestro alrededor. El divorcio es uno de los resultados, es un mal social que nadie parece poder detener, es la consecuencia de la pérdida del respeto por el cónyuge. Se manifiesta a sí mismo en el desinterés, en la crítica, en el maltrato y en el abandono, y lamentablemente en la Iglesia no somos inmunes a ese mal.

Jesús declaró: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19:6).

La palabra hombre es utilizada en un sentido genérico, pero la realidad nos muestra que, por lo general son los hombres quienes crean las condiciones que llevan al divorcio.

Por haber tenido la triste experiencia de tratar cientos de situaciones de divorcio a lo largo de los años, estoy seguro de que la aplicación de una sencilla práctica contribuiría más que ninguna otra cosa a resolver este grave problema.

Si todo marido y toda mujer se esforzaran al máximo para garantizar la comodidad y la felicidad de su compañera o compañero, habría muy pocos divorcios, si es que los habría. No se escucharían discusiones y cesarían las acusaciones. Los arranques de ira no existirían y el amor y el interés reemplazarían el maltrato y la maldad.

Hace muchos años cantábamos una canción muy popular cuya letra decía:

Quiero ser feliz,
mas no puedo ser feliz
mientras no te haga feliz a ti también.
(Irving Caesar, “I Want to Be Happy”, 1924)

Cuán cierto es.

Toda mujer es una hija de Dios. Uno no puede ofenderla a ella sin ofenderlo también a Él. Suplico a los hombres de esta Iglesia que busquen y nutran la divinidad que hay en su compañera. En la medida que eso suceda, habrá armonía, paz, amor y la vida familiar se verá enriquecida.

Bien nos recordó el presidente McKay que: “Ningún éxito [en la vida] puede compensar el fracaso en el hogar” (L. Tom Perry, “El ser padre, un llamamiento eterno”, Liahona, mayo de

2004, págs. 69–72).

Asimismo reconocemos la gran verdad que nos enseñó el presidente Lee, que: “La obra más importante del Señor que harán jamás será la que realicen dentro de las paredes de su propio hogar”, (Dallin H. Oaks, “La Sociedad de Socorro de la Iglesia”, Liahona, julio de 1992, págs. 39–42).

La cura para la mayoría de los problemas matrimoniales no está en el divorcio, sino en el arrepentimiento y el perdón, en las manifestaciones de bondad e interés; se le encuentra en la aplicación de la regla de oro.

Es una escena muy bella ver a un joven y una joven tomados de la mano ante el altar solemnizando ante Dios el convenio de honrarse y amarse el uno al otro. Pero cuán lúgubre es verlos unos meses o unos años más tarde, diciendo comentarios ofensivos, palabras crueles y ofensivas, con veces altisonantes y amargas acusaciones.

No es necesario que sea así, mis queridos hermanos y hermanas. Podemos elevarnos por encima de “los débiles y pobres rudimentos” (véase Gálatas 4:9). Podemos buscar y reconocer la mutua naturaleza divina que heredamos por ser hijos de nuestro Padre Celestial. Podemos vivir juntos en el modelo de matrimonio que Dios nos dio y lograr aquello de lo que somos capaces, siempre que ejerzamos disciplina personal y nos abstengamos de tratar de disciplinar a nuestro cónyuge.

Las mujeres de nuestra vida son criaturas engalanadas con cualidades divinas muy particulares, las que hacen que extiendan manos de bondad y de amor a quienes las rodean. Podemos alentar esa conducta natural si les concedemos la oportunidad de dar expresión a los talentos e impulsos con que han sido bendecidas. No hace mucho, mi amada compañera me dijo tiernamente una noche: “Tú siempre me has dado alas para volar, y ésa es una de las razones por las que te amo”.

Conocí, una vez, a un hombre ya fallecido que insistía en tomar todas las decisiones por su esposa e hijos. Ni un par de zapatos podían comprar sin él. No podían tomar clases de piano ni servir en la Iglesia sin su consentimiento. Con el paso del tiempo pude ver el resultado de esa actitud, y les digo que ese resultado no es bueno.

Mi padre nunca dudó en halagar a mi madre y nosotros sabíamos que él la amaba por la manera como la trataba. Él mostraba deferencia hacia ella, y por siempre estaré agradecido por su ejemplo. Muchos de ustedes han sido igualmente bendecidos.

Ahora podría continuar, pero no es necesario. Solamente deseo recalcar la irrefutable verdad que todos somos descendencia de Dios, tanto hijos como hijas, hermanos y hermanas.

¿Amo yo, como padre, menos a mis hijas que a mis hijos? No. Si es que soy culpable de algún tipo de parcialidad, es a favor de mis niñas. Siempre he dicho que al llegar un hombre a la vejez, mejor que tenga hijas a su alrededor. Ellas son nobles, buenas y atentas. Creo que puedo decir que mis hijos varones son capaces y sensatos y que mis hijas son inteligentes y bondadosas, y “mi copa está rebosando” (Salmos 23:5), a causa de ello.

Las mujeres son una parte esencial del “plan de felicidad” que nuestro Padre Celestial ha delineado para nosotros. Ese plan no puede operar sin ellas.

Hermanos, es mucha la infelicidad que existe en el mundo; hay demasiado sufrimiento, dolor y desengaño. Son muchas las lágrimas que derraman esposas e hijas angustiadas y es demasiada la negligencia y enorme el maltrato.

Dios nos ha dado el sacerdocio, y ese sacerdocio no se puede ejercer “sino por persuasión,

por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia” (D. y C. 121:41–42).

Cuán agradecido estoy, cuán agradecidos debemos estar todos, por las mujeres en nuestra vida. Que Dios las bendiga; que Su gran amor descansa sobre ellas y las corone con brillo y belleza, gracia y fe. Y que Su Espíritu descansa también sobre nosotros, los varones, y nos guíe siempre para que las respetemos, estemos agradecidos por ellas, les demos ánimo, fuerzas y amor, lo cual es la esencia misma del Evangelio de nuestro Redentor y Señor. Esto ruego humildemente, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.